

"Los sueños del sapo"

Javier Villafaña

Una tarde un sapo dijo:

-Esta noche voy a soñar que soy árbol. Y dando saltos, llegó a la puerta de su cueva. Era feliz; iba a ser árbol esa noche.



Todavía andaba el sol girando en la rueda del molino.

Estuvo un largo rato mirando el cielo. Después bajó a la cueva, cerró los ojos y se quedó dormido.

Esa noche el sapo soñó que era árbol. A la mañana siguiente contó su sueño. Más de cien sapos lo escuchaban.

-Anoche fui árbol -dijo-, un álamo. Estaba cerca de unos paraísos. Tenía nidos. Tenía raíces hondas y muchos brazos como alas, pero no podía volar. Era un tronco delgado y alto que subía. Creí que caminaba, pero era el otoño llevándome las hojas. Creí que lloraba, pero era la lluvia. Siempre estaba en el mismo sitio, subiendo, con las raíces sedientas y profundas. No me gustó ser árbol.

El sapo se fue, llegó a la huerta y se quedó descansando debajo de una hoja de acelga. Esa tarde el sapo dijo:

-Esta noche voy a soñar que soy río.

Al día siguiente contó su sueño. Más de doscientos sapos formaron rueda para oírlo.

-Fui río anoche -dijo-. A ambos lados, lejos, tenía las riberas. No podía escucharme. Iba llevando barcos. Los llevaba y los traía. Eran siempre los mismos pañuelos en el puerto. La misma prisa por partir, la misma prisa por llegar. Descubrí que los barcos llevan a los que se quedan. Descubrí también que el río es agua que está quieta, es la espuma que anda; y que el río está siempre callado, es un largo silencio que busca las

orillas, la tierra, para descansar. Su música cabe en las manos de un niño; sube y baja por las espirales de un caracol. Fue una lástima. No vi una sola sirena; siempre vi peces, nada más que peces. No me gustó ser río.



Y el sapo se fue. Volvió a la huerta y descansó entre cuatro palitos que señalaban los límites del perejil. Esa tarde el sapo dijo: -Esta noche voy a soñar que soy caballo.

Y al día siguiente contó su sueño. Más de trescientos sapos lo escucharon. Algunos vinieron desde muy lejos para oírlo.

-Fui caballo anoche -dijo-. Un hermoso caballo.

Tenía riendas. Iba llevando un hombre que huía.

Iba por un camino largo. Crucé un puente, un pantano; toda la pampa bajo el látigo. Oía latir el corazón del hombre que me castigaba. Bebí en un arroyo. Vi mis ojos de caballo en el agua. Me ataron a un poste. Después vi una estrella grande en el cielo; después el sol;

después un pájaro se posó sobre mi lomo. No me gustó ser caballo. Otra noche soñó que era viento. Y al día siguiente dijo: -No me gustó ser viento.

Soñó que era luciérnaga, y dijo al día siguiente: -No me gustó ser luciérnaga. Después soñó que era nube, y dijo: -No me gustó ser nube.

Una mañana los sapos lo vieron muy feliz a la orilla del agua. Otra noche soñó que era viento. Y al día siguiente dijo:

-No me gustó ser viento. Soñó que era luciérnaga, y dijo al día siguiente:

-No me gustó ser luciérnaga. Después soñó que era nube, y dijo: -No me gustó ser nube. Una mañana los sapos lo vieron muy feliz a la orilla del agua.

-¿Por qué estás tan contento? -le preguntaron.

Y el sapo respondió:

-Anoche tuve un sueño maravilloso. Soñé que era sapo.



Javier Villafañe nació en 1909, en Buenos Aires, y falleció el 1º de abril de 1996.

Algunas de sus obras son: Teatro de Títeres; El gallo Pinto; Libros de cuentos y leyendas; Los sueños del sapo; Don Juan, el zorro. Vida y meditaciones de un pícaro; Maese Trotamundos por el camino del Quijote; La vuelta al mundo; Historiacuentopoema.

Fue escritor y titiritero. Recorrió el interior del país y muchos países del mundo, dando funciones de títeres para los chicos y los grandes.

Recibió numerosos premios y distinciones, entre ellos: Faja de Honor de la SADE, 1946; Premio Fondo Nacional de las Artes, 1957; Premio de Honor de Literatura, 1958; "Premio Ollantay", Centro Latinoamericano de creación e investigación teatral, Venezuela, 1980; Primer Premio Nacional, Literatura Infantil (producción 1982-1985); "Premio Austral", editorial Espasa Calpe, España, 1986. Fue distinguido como Gloria de la Cultura Nacional por la Municipalidad de Buenos Aires.

Tenés derecho a que se respete tu identidad y a sentirte bien con tu color de piel, tu pelo, tus ojos y todos los rasgos de tu persona. A nadie, chico o grande, se debe discriminar por su religión, su cultura o su origen racial.

Así aparece en el artículo 30 de la Convención Internacional sobre los Derechos de la Infancia.